

El Sentido Espiritual Metafísico en la Poesía de Fernando Paz Castillo

Efraín Subero

"Mi poesía tiene un sentido espiritual metafísico". F.P.C. a Mariahé Pabón. *El Nacional*, 28-10-65. Cit. Oscar Sambrano Urdaneta: "Fernando Paz Castillo y su obra poética". FPC: *Poesías*. 50.

"Yo considero que mi poesía tiene dos fuentes. Una el paisaje (...) y la otra es una tendencia metafísica, hija de preocupaciones ancestrales que sólo pueden resolverse en una forma poética porque, en fin de fines, Dios no es otra cosa que un supremo ideal de poesía y la más vieja y más noble creación poética que han podido realizar los hombres."

F.P.C. a Guillermo Meneses. "Foro", *El Nacional*, 28-12-63. Cit. OSU: F.P.C.: *Poesías*. 50.

DICE Paz Castillo que "la interrogación es el único presente que existe"¹. Tal vez por ello su poesía interroga incluso al presente que huye y que no es, por cuanto su único testimonio es la interrogación que lo interroga.

Dice Paz Castillo que su poesía tiene un sentido espiritual metafísico. Y es verdad. Lo que la razón obvia le impidió decir es que en su obra poética la tendencia filosófica se otorga sin esfuerzo. Claro, hay el esfuerzo agónico del poeta, antes de la palabra. En la difícil forja de la especulación abstracta, primero; luego en la imbricación del binomio abstracción-concreción, es decir en la relación con lo inmediato que es la forma exterior de la vida. Pero cuando la palabra es, es por don natural. La transmutación ha realizado su milagro sin esfuerzo.

Paz Castillo es un poeta difícil no siempre comprendido; y pese a todo, no suficientemente estimado. Ni divulgado. Encuentro en él importancia y trascendencia. Lo considero uno de los primeros poetas de América. Lo tenemos muy cerca. Y no lo vemos. Pero lo es.

1. Enrique Planchart: *Bajo su mirada*, Buenos Aires, Imprenta López, 1954. Estudio preliminar de Fernando Paz Castillo, v. p. 51.

Nos proponemos, en este nuevo acercamiento a su poesía, explorar únicamente lo metafísico. Aunque no podamos hacerlo, por ahora, de una manera exhaustiva. Dejaremos el tratamiento del paisaje —la otra “fuente”— para un intento posterior.



Lo metafísico en la poesía de Paz Castillo se puede estudiar por lo menos en cuatro derivaciones:

1. El sentido espiritual metafísico
2. La poesía del hombre
3. El tratamiento de Dios
4. El tema de la muerte.

Naturalmente no se trata de temas aislados. Están unidos de manera íntima por un mismo discurrir. Pero constituyen, en sí mismos, aspectos perfectamente diferenciables.

La tendencia filosófica en la poesía de Paz Castillo es una preocupación bastante antigua, acentuada en los últimos libros, definitiva en los últimos años. En él ha constituido algo así como un convencimiento íntimo que obtiene en lo poético su testimonio más sublime. Porque la poesía de Paz Castillo es una consecuencia de su pensamiento filosófico. Existe un todo armónico entre el pensador y el poeta. Nada hay improvisado. No existe inspiración en el sentido común del maltratado vocablo. La poesía llega como producto lírico de una fabulación lenta y ardua. Sus palabras, tan livianas, pesan. Lo que dicen y lo que no dicen, lo que insinúan y lo que silencian, es profundo y trascendente. Y nada desentona. Porque el lenguaje —impecable, que de por sí exige también estudio aparte— es el que se requiere para expresar lo que se expresa. Un lenguaje poético de máximo rigor. En esta adusta poesía la palabra vale tanto —y se respeta tanto— que no se desperdicia.

Hemos señalado el todo armónico existente entre el pensador y el poeta. Por ello mismo se tiene que acudir al pensador para poder aproximarse al poeta e intentar comprender cabalmente su poesía. Por fortuna Fernando Paz Castillo no rehuye las explicaciones. Por supuesto no explica su poesía. Pero sí la complementa cuando justifica su pensamiento que constituye, al mismo tiempo, su actitud vital. Porque vida y poesía se hermanan en este sugestivo ejercicio humano.

El pensador no pretende vivir una vida simple. Todo lo contrario. Busca en “nuestro pasado inmediato y glorioso, algo que pudiera tener, pese a la brevedad de su existencia, el signo de lo eterno”².

2. Id. 12.

De esta manera el hombre hace la historia que es "la vida presente, fecunda y desde luego transformable, de la vida pasada"³.

El pensador busca lo eterno en lo mortal, lo eterno en sí mismo y en sus acciones, hurga en lo finito, labora con su propia limitación, trata con ahínco de justificar la esperanza, la pervivencia, que simultáneamente constituye justificar su futuro. Por eso el pensador no acepta los conocidos límites de la vida. "No se termina la vida —dice— cuando se apaga la luz de las pupilas que han visto el espectáculo del mundo maravilloso y diverso, ni cuando enmudece la boca que ha dicho cosas bellas, que ha animado las palabras con sangre de espíritu, ni cuando se mustian los oídos que han escuchado cosas bellas. Algo persiste, el poeta lo presiente, como presiente la música de los astros en las noches consteladas, como presiente la sonrisa innumerable del mar en el rodar de las olas, como adivina el diálogo de las hojas en la indiscreción de la brisa. Su alma, prisionera y adivina, profética, como dice Hamlet, sabe que no puede morir del todo"⁴.

Pero aquí el concepto de lo eterno está despojado —todavía— de implicación religiosa. Para Paz Castillo eternidad es *continuidad*, la eternidad posible sobre la tierra⁵. Sin duda la concepción le viene de Bergson, filósofo al que es tan afecto. Bergson concibe la realidad como *pura duración*. En otras palabras —explica Jaime Vélez—, el tiempo no es si se puede reducir a un continuo permanente sino que es continuo fluyente, es el pasado que roe el futuro sin que se pueda reducir a momentos estáticos, como las perlas de un collar⁶.

Sin embargo, Paz Castillo acepta que el hombre no puede escapar a sus límites. "Es su destino", dice. Persiste como reto lo indefinible, lo inalcanzable, *algo* que adivina —otra vez Bergson— la *intuición estética del homo sapiens*: "Subsiste algo que no se puede alcanzar, que está más allá de las lindes, que en cierto modo nos pertenece, que huye de nosotros a pesar de ser tan nuestro"⁷.

Como se ve, la preocupación del hombre pensante es esencialmente metafísica, al igual que la preocupación poética. Por eso la poesía será filosófica sin dejar de ser poesía. Porque "puede confundirse la poesía con la filosofía en la esencia de ambas, pero no en los procedimientos"⁸. Es decir que Paz Castillo justifica el acercamiento, la reciprocidad, sin menoscabo de la autonomía. El poeta "no necesita

3. Id. Id.

4. Id. 31.

5. Rodolfo Moleiro: *Poesía*, Caracas, Tip. Vargas, 1961. Selección y prólogo de Fernando Paz Castillo, v. p. 42.

6. Jaime Vélez: *Filosofía moderna y contemporánea*, Madrid, 1965, pp. 289 y sig.

7. Cfr. 5, 45.

8. Cfr. 1, 52.

9. Id. Id.

dar razones ni encontrarlas" ⁹. Es el filósofo, en cambio, el que puede explicar y explicarse el enigma de la creación poética. Que fue lo que hizo Heidegger con Hoelderlin al comprender que "no es la poesía simple y adventicio adorno de la realidad de verdad, ni transitoria exaltación espiritual, entusiasmo o entrenamiento", sino "fundamento y soporte de la historia" ¹⁰.

1. *El sentido espiritual metafísico*

"Todo poema resulta de un estado de espíritu" ¹¹ ha dicho Paz Castillo. Y en verdad, desde su primer libro despojado de pecado inicial —sus primeros poemas son impresos por lo menos en 1910, y *La voz de los cuatro vientos* data de 1931— sus versos testimonian sucesivos estados espirituales. Por supuesto, primero es el paisaje, pero él hace de espíritu el paisaje. Porque lo espiritual es su estado de gracia, su estado natural. Aprehende "el paisaje familiar" pero le interesa mucho más lo "imprevisto y efímero" que *encadena*, no une, la belleza y el alma ¹². Lo efímero —que anticipa su preocupación por lo eterno— puede ser el paisaje (lo total), pero también apenas un elemento del paisaje —"una hoja que cae" ¹³— (lo parcial). De manera que ni el todo ni las partes pueden evadir lo transitorio. Años después —*Signo*, 1937— la *hoja*, símbolo de lo vegetal, junto con la *mariposa*, símbolo de lo animal, y el *vuelo*, acción dinámica de vida, vendrían a representar "todo lo efímero". Pero ahora lo efímero es también lo *fugaz* y mucho más: lo *eterno*:

*Mariposa, hoja, vuelo,
todo lo efímero,
todo lo fugaz,
lo eterno
en un minuto excelso henchido de soledad.*

("Poema de recuerdo y realidad")

Pero el estado de gracia, el estado ideal no se queda en ensimismamiento ni en deleite. Deviene en agónicas introspecciones que plantean problemas fundamentales. Bergsoniano como es, Paz Castillo no evade la materia, la equipara al espíritu. Por eso el *alma* es como los ríos. La identificación la efectúa el destino que es un "fin fatal":

10. Heidegger: *Hoelderlin y la esencia de la poesía*, Traducción y comentarios de García Bacca. Mérida, Talleres Gráficos Universitarios, 1969, p. 30.

11. Cfr. 1, 130.

12. "Manuel Díaz Rodríguez". *La voz de los cuatro vientos*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1952. (BPV, 45). 1ª edic.: Caracas, Tip. Vargas, 1931. Todas las citas están tomadas de la edición de 1952, v. p. 120.

13. "Paseo", *La voz*, 190.

*Alma, tú eres como estos ríos:
inmóvilmente marchas hacia tu fin fatal;
una voluntad extraña te convierte en espejo,
pero el espejo no es todo claridad.*

(“Nocturno”, *La voz*)

El alma (sujeto) como el río (objeto) siendo inmóvil marcha sin embargo hacia su fin fatal. Y ello es así porque “a pesar de que el espíritu trasciende la materia, no se trata de dos realidades antagónicas”¹⁴. El alma, como el río, inmóvilmente marcha hacia su fin fatal porque “la realidad concienical (...) es un movimiento sin móvil”¹⁵. Hay una ingerencia foránea, no obstante, “una voluntad extraña” —Dios, el Dios creador y creado de los místicos— que convierte el alma en espejo vital. Por reflejar la vida —lo complejo, lo incógnito, lo ilógico, o inexplicable— “el espejo no es todo claridad”.

Recuérdese que estamos explorando el primer libro de Paz Castillo. Compruébese cómo afloran sus preocupaciones esenciales de siempre. En Paz Castillo el entonces es ahora y después. Esta misma preocupación por la aparente antinomia espíritu-materia que centrará su esfuerzo en poemarios posteriores ya se inicia en *La voz* con definido paso. Paz Castillo se plantea la difícil relación indispensable con el mundo exterior donde radica el núcleo del ser o del no ser:

*Ser uno con la brisa, inmutable y eterno,
ser polvo en el camino,
nieve en el monte espeso,
ser todo y no ser nada.*

(“El árbol del camino”, *La voz*)

Oponer lo inmutable a lo cambiante, lo eterno a lo transitorio. Pero son aspiraciones vitalistas que aspiraciones quedan. Al fin y al cabo “todo se desvanece y todo es eterno”.

La tendencia bergsoniana se nos presenta todavía más clara en el mismo poemario. En “Canción, maginal” el poeta señala la importancia de la inteligencia —según Bergson— punto culminante de la evolución humana. Es la inteligencia, “sólo la inteligencia” la que, por oposición a la vida animal, la vida del instinto, va “forjando figuras silenciosas”, es decir lo que Bergson entiende como imágenes-movimientos que no son otra cosa que la proyección del mundo consciente. Pero la inteligencia no basta puesto que aunque es consciente es “más deficitaria, en cuanto tiene menos soluciones incons-

14. Cfr. 6, 291.

15. Id., 290.

cientes o naturales”¹⁶. Es decir que existe “un déficit o desnivel entre lo que se representa (infinitas posibilidades) y la realización, que nunca agota esas posibilidades”¹⁷. Por ello el poeta implica el espíritu a su desasosiego. Ya que “sólo el espíritu” aunque “sin porvenir y sin pasado en un instante todo de presente”, en un instante de duración inmóvil, vislumbra la totalidad de la vida¹⁸. Sin embargo, no se aventuran soluciones porque no se ven, ni llegan, ni se necesitan. Por ello el espíritu poético se queda simplemente soñando.

En otros poemas, Paz Castillo plantea el problema de las sensaciones que constituyen la apertura de lo consciente hacia el mundo exterior. El pensador sabía que “los caracteres de nuestra vida interior son muy distintos de aquellos con que vemos las cosas externas”¹⁹, que “la inteligencia conoce desde fuera” y que “el instinto, en cambio, conoce desde dentro”²⁰. Sabe que ni uno ni otro se bastan a sí mismos. Es lo que plantea en determinado momento de su “Romance de Don Pedro”:

*¡Quién pudiera ver las cosas
que en la noche ven los perros”²¹.*

Porque si como demuestra Bergson “la inteligencia fabrica, para vencer la materia, instrumentos artificiales, y el instinto desarrolla órganos vivos”²², ni uno ni otro alcanzan, en forma aislada, “la superación de la materia”. Bergson es enfático: “Hay cosas que la inteligencia sola es capaz de buscar, pero que por sí jamás encontrará. Estas mismas cosas sólo el instinto las hallaría, pero no las busca, ni las buscará jamás”²³. ¿Superioridad animal? No. Porque “el animal debido a su instinto, es *cerrado* en sus posibilidades. El hombre, en cambio, es un animal *abierto* a posibilidades, por eso progresa, y es *inseguro*, aunque esta inseguridad, radicada en su libertad, lo engrandece más, porque lo lleva a una progresiva superación de la materia; y ello no sólo porque tiene inteligencia (*homo faber*), sino, sobre todo, porque tiene *intuición* (*homo sapiens*)”²⁴.

Otros momentos del primer libro dejan también el testimonio del sentido espiritual metafísico propio de Paz Castillo. En uno de sus más celebrados poemas —“Hay luces entre los árboles”— ya aparece la implicación divina: “Hay luces entre los árboles / y el dolor

16. Id., 293.

17. Id., Id.

18. “Canción Matinal”, *La voz*.

19. Cfr. 6, 200.

20. Id. 262.

21. *La voz*, 167.

22. Cfr. 6, 292.

23. Id., Id.

24. Lúcida interpretación del pensamiento bergsoniano por Jaime Vélez, Cfr. 6, 293.

reina en las casas / que, para mirar la noche, / abren a Dios sus ventanas”²⁵. En “La sirena”²⁶ plantea de manera reiterativa la imagen de la noche como enigma de la procedencia de lo humano que ya había preocupado, antes de él, entre muchos otros a Darío (“¡y no saber adónde vamos, / ni de dónde venimos...” —“Lo fatal”, 1905— *Cantos de vida y esperanza*) y después de él, entre muchos otros a Gerbasi (“Venimos de la noche y hacia la noche vamos”, I, 1945 —*Mi padre, el inmigrante*). En “El canario”²⁷, “las cosas más humildes surgen del propio sueño”, la síntesis del infinito es el hombre, lo permanente, que “es un poema intacto, y nuevo” por la presencia de lo humano, ya que es *intacto y nuevo* en la interioridad del ser que lo descubre. Finalmente, en “Juego”²⁸, contrapone al amor, el egoísmo —precisamente lo que justifica *la moral cerrada*— y define al hombre como “una realidad nunca alcanzada”.



Fernando Paz Castillo, desde su primer libro, viaja hacia lo esencial. Ya en 1929 su criterio estético se orienta hacia una interpretación de la belleza basada en sus valores inmutables. Paz Castillo comprende que lo perfecto, cuando al fin se alcanza, crea un nuevo clasicismo y que el mejor camino para hallarlo está propuesto por lo metafísico:

“Los problemas estéticos en todas las épocas son los mismos. Los espíritus trabajan para ponerse en armonía con la hora en que viven, apartando las formas esquematizadas, son contemporáneos de todo período de lucha, de todo momento creador en que se define —no un arte nuevo, porque el arte es uno, invariable en su esencia— sino una forma de expresión, objetividad del arte, que corresponda, de manera justa y adecuada, a los sentimientos inmediatos. Por ello puede decirse que, en todo momento de lucha se está creando un nuevo clasicismo, ya que al fin, después de muchas vicisitudes, lo que se logra es un modelo más o menos perfecto con relación al sentimiento clásico, al sentimiento inmutable, metafísico, si se quiere, de la belleza”²⁹.

Y en 1931, el mismo año cuando recoge y proyecta hacia la eternidad la voz de los cuatro vientos, proponía un regreso al clasicismo, como quien dice, a la verdad inobjetable:

“Entiendo que regreso al clasicismo no significa, por ningún motivo, recaída en lo pseudoclásico ni vuelta a la imitación de modelos ya

25. *La voz*, 169.

26. *Id.*, 180.

27. *Id.*, 181.

28. *Id.*, 187.

29. “Venezolanos Ilustres — Bello, el primer clásico americano” — *El Universal*, Caracas, 7-10-29, p. 5. Cfr. Luis Barrios Cruz: “Notas marginales al libro de versos de Fernando Paz Castillo”. *El Universal*, N° 7.716, Caracas, 26-10-30.

de un todo cancelados, sino simple viraje hacia los grandes ideales, hacia los nobles símbolos e ideas abstractas que se han reemplazado por nombres sin sentido, y lo que es peor, sin ninguna importancia" ³⁰.

Estos son los principios que orientan su quehacer. Buscando siempre lo inmutable, lo trascendente, irá desgajando con lenta seguridad los temas que caracterizan su preocupación metafísica.

2. La poesía del hombre

Fernando Paz Castillo es un contemplativo; pero en rigor no podría decirse de él que es un poeta evasivo. Tal vez sea este aspecto uno de los presupuestos teóricos que en relación con la Generación del 18 tendría que replantearse con mayor cuidado. Porque la evasión no significa necesariamente huida de los problemas fundamentales de la existencia, ni temor. Y el hecho de que lo espiritual metafísico constituya la característica más importante de su poesía demuestra bien a las claras que su preocupación es hacia dentro, hacia el complejo agobio del enigma.

Paz Castillo parte del desconcierto: "¿Yo estoy sobre una cumbre de soledad, perdido?" ³¹ se pregunta. Y ya en el camino de las vacilaciones filosóficas tomistas propone al lucero —al "lucero vespertino"— como un símbolo en torno al cual "gira el dolor del mundo".

Es la poesía del hombre, del hombre-él, del otro, del ser integral que el poeta refleja en la autobiografía de su soledad:

...firme estatua de mí mismo,
detenido en mí mismo, en mi existencia
me siento callada soledad... ³².

Es que como muy bien demuestra en su antropología filosófica Martín Buber (1878-1965) "la cuestión de la esencia del hombre se le presenta con toda su hondura al hombre que se encuentra en soledad", y, por lo tanto, el camino para la respuesta ha de buscarse en el hombre que logra sobrepasarla sin naufragar en ella ³³.

Que es, precisamente, lo que estamos intentando al analizar este aspecto esencial de la poesía de Fernando Paz Castillo.

Pero no basta el quedarse con todos en sí mismo. La cuesta metafísica se remonta al olvido después del ya no ser ambivalente, puesto que es *presencia* en cuanto síntesis existencial; pero también *pre-*

30. "La verdadera vuelta al clasicismo" — *El Universal* N° 8.117. Caracas, 8-12-31.

31. "En la cumbre", *Voces perdidas, Poesía*, 287.

32. *Id.*, 288.

33. Martín Buber: *¿Qué es el hombre?*, México, FCE, 1974, 141.

ciencia en cuanto enigma de todo lo que "habrá de ser olvido". Sin embargo el hombre se siente "en la cumbre" porque no tiene otra manera de estar en ella. Las referencias dialécticas serán siempre *tierra y cielo*. La tierra sube con su *polvo*, el cielo desciende con su *ceniza lenta* y acaso el hombre no es sino un testigo de su propia desdicha, el hombre que

... en silencio cumple su destino
sin alterar el polvo ni el camino³⁴.

Pero no se trata de un mismo hombre. Paz Castillo plantea una especie de entidad dicotómica entre el hombre de Homero y el hombre de Walt Whitman. Quiero decir con esto que el poeta comprende que la concepción griega estudiada por Radhakrishnan³⁵ según la cual el hombre integraba una forma estable dentro de las entidades naturales en un mundo propio, eterno e inmutable, no pudo resistir la evolución histórica y ya queda más bien como una indispensable referencia sincrónica. Por eso Paz Castillo caracteriza con rasgos anti-téticos al hombre homérico y al hombre whitmaniano puesto que muy bien sabe que "entre el uno y el otro hay un abismo"³⁶:

*El uno mueve nubes en los campos
y siembra estrellas junto a tiernas flores
para cosecha de futuras manos.*

El otro es una sombra dolorosa.

El uno mira con amor callado

.....
*El otro sólo anda su camino*³⁷.

Y es que el hombre no solo es anti-nómico visto desde la perspectiva diacrónica sino aun en él, acaso porque la contradicción es propia de la naturaleza humana. Y esto también lo comprende el poeta cuando lo penetra. Entonces halla "inteligencia y carne, / cerebro y mano, espíritu y materia, / abismo y comprensión, / dolor y canto, / crimen, perdón y amor"³⁸. He allí, claramente evidenciada la afinidad del pensamiento filosófico de Fernando Paz Castillo con el Albert Camus de *El mito de Sísifo*: "La primera operación del espíritu consiste en distinguir lo que es cierto de lo que es falso. Sin embargo, en cuanto el pensamiento reflexiona sobre sí mismo lo

34. Id., 289.

35. v. S. Radhakrishnan y P. T. Raju: *El concepto del hombre*, México, FCE, 1964, v. esp. "El pensamiento griego, Sócrates y Platón", 75.

36. "El hombre nuevo", *Voces perdidas, Poesía*, 278.

37. Id., Id.

38. Id., 281.

primero que descubre es una contradicción. A este respecto es inútil esforzarse por ser convincente”³⁹.

Pero no es todo. Paz Castillo parece sostener que el hombre llegó a la tierra sin pasado en una “lenta lucha dolorosa / del ser primero”, “del hombre, sólo hombre”⁴⁰. Por ello mismo lo considera como Machado un *caminante* que no debe volver al pasado a pesar de que este le sigue “como una sombra fiel”⁴¹. Y aquí su poesía se emparenta con el pensamiento de Malraux expresado por intermedio de Chen, el inmortal personaje de *La condición humana*: “Detesto el recordar, en general. Y no recuerdo; mi vida no está en el pasado; está delante de mí”⁴².

Por supuesto, Fernando Paz Castillo aborda, con especial donaire, los temas eternos. ¿Cómo puede un poeta que intenta dejar un abnegado testimonio de su propio existir no plantearse lo transitorio de la existencia humana? Algún día nostálgico la vida ya no será lo que tiene que ser: un “generoso impulso”. Entonces comprenderemos que la confianza vital que nos animaba era una simple muestra de candor estimulado por el horizonte —el mañana, la esperanza, la fe— que se nos presentaba siempre como una sugestiva y hermosa “hebra azul”. Pero el poeta ofrece una salida hacia la realización íntima del hombre, por cuanto aún en su desolación siempre será dueño del secreto, de un secreto —¿cuál secreto?— que hasta el último instante anima su existencia.

Ahora ya es inútil regresar al recuerdo, ahora ya es inútil regresar al pasado. Porque nos hemos ido quedando entre jirones en una vida ajena que nunca nos ha pertenecido. Lo único de lo que verdaderamente hemos sido dueños es “de la ignota raíz” de los impulsos, “de la voz” y de la “propia espera”. Lo único de lo que verdaderamente somos dueños es de nuestra propia alma, “la eterna prisionera desvelada (...) en su constante renacer profundo”⁴³. Y acaso en este constante renacer que no es otra cosa que la constante renovación espiritual, encontramos otro de los múltiples afluentes del pensamiento de Fernando Paz Castillo: Rodó, José Enrique Rodó. Pero no el de *Ariel* sino el otro, alegórico, diáfano y eterno, el de *Motivos de Proteo*.

¿Pero es que en este tránsito, sólo el hombre transita? ¿El mundo no se acaba a cada instante? Si, como dice Sábato, el hombre se desgasta como las cosas, se desgasta el hombre pero también las cosas que pertenecen al mundo que le rodea. ¿Y es que aun permaneciendo intemporal, acaso también no pasa el tiempo? ¿No hay un tiempo que pasa y otro que permanece?

39. Albert Camus: *El mito de Sísifo*, Buenos Aires, Losada, 1970, 22.

40. “Dios y hombres”, *El otro lado del tiempo*, 299.

41. “Atardecer”, *El otro lado del tiempo*, 314.

42. Andre Malraux: *La condición humana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1963, 155.

43. “Atardecer”, *Poesía*, 317.

He aquí al poeta:

*Una tras otras
pasan las edades,
pero el hombre es el mismo*⁴⁴.

¿Pero cuál hombre?, le preguntaremos. ¿Cuál de las dos referencias antagónicas, el de Homero o de Walt Whitman? Pero ahora sabemos, por lo que dice la sabiduría ignota de la poesía que la contradicción es atinente a lo diacrónico y a lo sincrónico, quiero decir, tanto al proceso como al recodo estático en donde el hombre se regodea en su yo. Ahora entendemos que si el individuo no escapa a la dinámica transformadora, tampoco escapa el multiforme ser colectivo, como tampoco la naturaleza que aparentemente constituye la referencia victoriosa. Ahora nacimiento y muerte no son dos polarizaciones absolutas. Hay una especie de compleja dinámica de la muerte como hay aquí y ahora una compleja dinámica de la vida:

*Nacer: partir,
y morir del volver
en cada instante
.....
el retorno infinito hacia el futuro...*⁴⁵

El hombre retorna hacia el futuro que había quedado atrás en lo que se creía que era pasado. El círculo de Borges se cierra, y yo también espero que así sea.

Y a pesar del retorno hacia el futuro, quiero decir, hacia el olvido el hombre será únicamente cuando sea recuerdo, o lo que es lo mismo, "memoria lejana de otros hombres"⁴⁶. He allí por qué se debe vivir y morir en compañía.

3. *El tratamiento de Dios*

La preocupación de Paz Castillo por el tema metafísico, y especialmente por el tratamiento específico de Dios, es muy antigua. En 1931 escribía en *El Universal*:

"El hombre voluntad ha vencido al hombre destino. Y el pensamiento en una torturante duda pascaliana encuentra esta sentencia que es toda una confesión poética: «Los dioses no nos hablan sino por nuestro corazón»".

44. "Soliloquio", *El otro lado del tiempo*, 333.

45. Id., Id.

46. "La soledad perfecta", *El otro lado del tiempo*, 322.

"Y esto —el corazón— es lo que hemos olvidado. Y como lo hemos olvidado o pospuesto a otras cosas, al parecer de mayor importancia, nos hemos quedado a solas sin escuchar el lenguaje sobrecogedor de los dioses".

"Puede decirse —aun cuando la frase parezca un poco tonta— que las nuevas generaciones, las que actualmente están sobre el tapete, las forman los hombres que nunca han tenido un rato de intimidad con los dioses, o lo que es lo mismo, con el misterio; con esa cosa extraña que atormentaba la caótica conciencia de Hugo y que impulsaba a Goethe a la actitud fatalista: «Si Dios me hubiera querido de otro modo, de otro modo me hubiera hecho»".

"Pero ¿si se corta la relación del hombre con el misterio, qué puede quedar del hombre? La escultura de un ser cualquiera —aunque sea héroe— es un muñeco absurdo. Sólo cuando se trata de un dios cambia de aspecto. Y cambia de aspecto no por el simple hecho de tratarse de una divinidad objetiva, sino porque en el alma del escultor alienta un sentimiento de grandeza, de perfección, de cosa excelsa que logra borrar lo grosero de la piedra y lo tristemente limitado de la figura anatómica"⁴⁷.

Y dos años después, en 1933, escribía en el mismo diario:

"El único dios superviviente del naufragio es el hombre"⁴⁸.

En la primera etapa de su poesía, reunida en *La voz de los cuatro vientos* (1931) el tema Dios sólo aparece de una forma ocasional: "Y Dios puso entre tus dolores una tregua piadosa"⁴⁹. Es el Dios conocido, omnipotente, todavía no sometido a las arduas interrogaciones de después. Puesto que a partir de *Signo* (1937) el tema se va a constituir en una constante plena. Paz Castillo parte del aprovechamiento de sus lecturas bíblicas. Pero en rigor no se trata de simples recreaciones. Su palabra se empeña en partir de donde ni Dios mismo ha partido, pues dice que "antes que Dios mismo (...) existió la palabra perfecta"⁵⁰. En la fabulación de Paz Castillo el Verbo no era Dios sino un antes que Dios. Y aun después de Dios plantea una especie de aciaga semejanza con el hombre y las cosas pues si el hombre envejece como el lirio y el lucero da toda su luz en una noche, Dios dio "toda nuestra creación en una palabra". "Pero la palabra no fue la luz"⁵¹ por cuanto la luz era la creación divina mientras la *palabra* era la creación humana.

47. Fernando Paz Castillo: "La verdadera vuelta al clasicismo". En *El Universal*, Caracas, 8 de diciembre de 1931.

48. F.P.C.: "Biografía y crítica de Nicolás Jiménez". En *El Universal*, Caracas, 15 de junio de 1933.

49. "Mi niña blanca", *Poesías*, 146.

50. "Signo", en el libro del mismo nombre, 199.

51. "Alba", *Signo*, 213.

Y a partir de este entonces el tratamiento de Dios se convertirá a lo largo de toda su creación lírica en un elemento reiterativo. Ahora, en lo que pudiera catalogar como una segunda etapa en la constante, más que el aprovechamiento del contenido bíblico le interesa algo así como la humanización de Dios, por cuanto éste —es lo que expresa Paz Castillo en su “Poema de recuerdo y realidad”— “después de haber creado el agua” sorprende su figura en ella retratada⁵². ¿Cómo era la figura de Dios?

Y todavía hay otras evidencias de este proceso de humanización divina. Surge la “Verdad de los hombres” y Dios la teme y la ama al mismo tiempo porque ama y teme a su propia figura ahora no reflejada en el agua sino “esculpida sobre el haz de la tierra”⁵³. Y se entabla la lucha. “Dios limita al hombre con su asombro / y el hombre reduce a Dios a su esperanza”. O lo que es lo mismo, Dios no escapa a las leyes terrenas que impuso a los humanos, y víctima de ellas

*vive, crece y muere Dios
en cada hora
y en cada hora nace fecundo.*

Pero ahora, y a pesar de su renacer, Dios y el hombre constituyen “dos sombras” sobre una misma y “triste realidad suprema”, el único consuelo es la palabra “que Dios y el hombre se confían”. Estas tres presencias serán luego expresadas como “tres esencias de belleza” con una raíz común: la trinidad cristiana, el misterio sacral de los creyentes. Pero en el poema el Padre significa *poder*, el Hijo significa *pasión*, el Espíritu significa *sapiencia*. De ellas tres, sólo el Hijo tiene forma predestinada al sacrificio en la cruz. Pero “Dios necesita el sufrimiento” por cuanto “después de crear al hombre / y de perderlo” lo reencuentra sólo entre su ira⁵⁴. Verso con el cual Paz Castillo recuerda la bella *Secuencia* del Misal —*Dies irae, dies illa*—, compuesta por el beato Tomás de Celano, un franciscano del siglo XIII.

En otras instancias tanto Dios como el hombre temen al pecado (“Dios y hombre”) cuando ambos son conciencia y poco después mueren (“Misterio”): el hombre junto con su “pequeña bestia” adolorida que le acompaña siempre y Dios, “en vida simple”. Pero entre Dios y hombre existe ahora, más que una entidad dicotómica una entidad simbiótica por cuanto ambos no pueden excluirse. Pero cuando el hombre muere ya ha triunfado la bestia sobre él. Y entonces la simbiosis se plantea: “Animal-Dios más que Hombre-Dios”⁵⁵.

Es que Fernando Paz Castillo en cierta instancia no se plantea a Dios como una entidad abstracta sino concreta, acaso como el mismo Lin Yutang en *Amor e ironía* se planteaba la felicidad. El pensamiento de Dios —dice la poesía de Don Fernando— se objetiva en el río,

52. v. *Signo*, 218.

53. “Secuencias”, *El otro lado del tiempo*, 325.

54. “Dios y hombre”, *El otro lado del tiempo*, 300.

55. v. “Misterio”, *El otro lado del tiempo*, 327 y sig.

en el monte, en el mar. Dios, en este caso es sustantivo; mientras el hombre adjetiva y completa su obra por cuanto es él quien hace el río "claro, fresco, bullicioso, / el monte adusto / y armonioso, / y el mar azul",

*Y Dios inmensa soledad callada
no entiende al hombre, en sus palabras*⁵⁶.

Otras veces ("Plegaria por Miguel de Unamuno al Cristo de Velázquez") Dios es Cristo pero también es hombre sin Cristo. Por eso Unamuno es "en toda España santo" porque el hombre puede asumir también los altos atributos. Pero el poeta llega también a la hermosa diafanidad cristiana en la que olvida los enigmas y las complejas implicaciones ontológicas. Por eso pide como cualquier creyente humilde sin sinsabores en la fe pero consciente de la vida:

.....
*ruégale al Padre
que está en los cielos
por España trágica en la muerte,
en la vida trágica*⁵⁷.

Y ya en esta quieta querencia de creencia sin nada, en esta especie de mansa exaltación de fe, ahora el cielo constituye la máxima aspiración. Ahora, en este momento definitivo de su alma sin agobios, el poeta anhela el regreso del Creador porque admira la poesía y la ternura que canta en las más hermosas manifestaciones de la creación:

*Torne el milagro de la voz fecunda
a hacer brotar las armoniosas formas
de los jardines que sembrara el viento.*

*El recto sembrador de manos largas
que esparce estrellas en las noches hondas
sobre el follaje de lejanas nubes.*

*El grave tañedor de ocultas flautas
por quien silboso el monte se adelgaza
con esperanzas de llegar al cielo.*

*El suave brizador que sobre el agua
riza jardines de azulada espuma
como un naufragio de sonrisas tiernas*⁵⁸.

56. "Soliloquio", *El otro lado del tiempo*, 335.

57. "Plegaria por Miguel de Unamuno al Cristo de Velázquez", *Entre sombras y luces*, 244 y sig., 246.

58. "Armonía", *Voces perdidas*, 265.

La cálida reconciliación con Dios —con su complejo, con su sencillo Dios— termina cuando intuye, como todos los grandes poetas, el momento final que desea apacible y hermoso como su palabra:

*Yo te pido, Señor!
Dios armonioso
del perdón fecundo,
que cuando mi hora sea llegada
no haya rencor en mi alma*⁵⁹.

No es todo, sin embargo. Puedo afirmar que Fernando Paz Castillo alcanza dimensiones metafísicas aun más complejas. En lo que me ha parecido metodológicamente conveniente clasificar como una tercera etapa de su proyección espiritual-metafísica, su poesía ofrece diversas variantes en el tratamiento del tema que, como se ve, abarca como constante fundamental, toda su obra. Porque ahora Paz Castillo propone conceptos más audaces. Resulta que el alma humana ignora o niega la existencia de Dios y al mismo tiempo lo requiere y lo crea⁶⁰. El poeta llega de esta manera a la duda metafísica que es un "huerto insinuante" y cree que la relación con Dios se plantea con mayor diafanidad en la infancia, debido a la presencia del candor. Dios deja, entonces algo de su pensamiento en el alma del niño que hacia él se vuelve, "camino hacia el azul", como lo hace cualquiera de las cosas creadas cuando existe el unánime⁶¹.

Y otra vez vuelve al hombre por cuanto se le hace inevitable y ahora lo define "augusto centro de la vida intacta", "criatura y creador", "Dios y humanidad a un tiempo mismo"⁶². El hombre "vino de Dios" pero ahora es Dios mismo y es esta dimensión lo que lo hace "sacrosanto y signo"⁶³. He aquí otra de las afinidades innumerables de este cultísimo poeta; en este caso, la más cercana, el Neruda de cierto momento de *Crepusculario* (1923)⁶⁴.

Paz Castillo comprende que el "mañana" (...) "es un poco presente" y que todo está señalado desde antes del nacer por el trazo infalible del destino⁶⁵. Planteamiento que se emparenta con la teoría de la premonición esbozada por Sábato en uno de sus últimos ensayos y que basa en una famosa anécdota de su experiencia surrealista en el taller del pintor canario Oscar Domínguez.

Fernando Paz Castillo se plantea lo *infinito* dentro de la compleja finitud humana, aunque para él lo "infinito es el vivir / en lo per-

59. "Cuando mi hora sea llegada", *Entre sombras y luces*, 260.

60. v. "La voz de la selva", *Signo*, 221.

61. "Hacia el misterio", *Signo*, 224.

62. "El hombre nuevo", *Voces perdidas*, 279.

63. Id., 280.

64. Pablo Neruda: "Si Dios está en mi verso", *Crepusculario*, Buenos Aires, Losada, 1967, 56.

65. "La soledad perfecta", *El otro lado del tiempo*, 320.

fecto”⁶⁶. Pero en este poema profesa una vez más su idealismo. Entiendo como perfección la eterna aspiración del hombre hacia lo perfecto que es infinita porque de lo contrario se acabaría la idea de perfección.

Como se ve, la poesía de Don Fernando entra definitivamente en el plano conceptual. Parece ya no interesarse más por las lucubraciones metafóricas, por las cromáticas incitaciones del paisaje, ahora es el hombre, íntegramente el hombre, el único motivo de su fabulación. Y decir hombre es decir la sustancia esencial del universo. Las implicaciones, las relaciones que no son sólo ancillares sino sutiles eslabonamientos semánticos, desbordan los esquematismos críticos. Puesto que si en cierto momento podemos afirmar que dentro del tratamiento del tema que ocupa este capítulo pueden señalarse instancias definidas, bien pronto la especulación metafísica desborda las esquematizaciones por elementales o didácticas que pretendan ser.

En cierto momento Paz Castillo maneja cuatro elementos claramente diferenciados: *hombre, Dios, inocencia, soledad*. Ya sabemos que el hombre es “criatura y creador” al mismo tiempo, pero también sabemos que es “rebelde, limitado, confuso”, que el nacimiento constituye un principio pero al mismo tiempo la referencia del regreso a “la oscura raíz”, al “misterio” que no es otro que el sugestivo enigma de la creación. Y al fin y al cabo todo nos conduce —afortunadamente— “hacia el vago temor de la inocencia”. La *inocencia*, el despojamiento de todo lo que la vida ha acumulado en nosotros pese a nosotros mismos, será al fin el hallazgo en soledad que nos coloque con poder de certidumbre ante el “divino enigma”⁶⁷. Pero después de realizar el difícil hallazgo de Dios, ahora el hombre le teme. Se sabe limitado por dos entidades contrapuestas: o es “santo de luz” o “pecador sombrío” y de allí su confusión inevitable que al fin y al cabo no es sino otra manifestación de la contradicción cuerpo-espíritu que ya preocupaba al Darío de la segunda etapa del Modernismo. En la contradicción que subyace en lo humano, intercede el dolor. Y es el dolor el elemento armónico que identifica al hombre con Dios porque ambos lo “aman”⁶⁸, y lo aman porque la purificación, la desalienación, sólo puede encontrarse en el dolor. Paz Castillo lo sabe. Y no dudo que en este gran momento su poesía es afín con Ungaretti, el del verso excelso: “¡No me abandones, quédate, dolor!”⁶⁹.

Hasta ahora hemos visto que la poesía de Paz Castillo, preocupada por el problema de la naturaleza de Dios (Dios-divinidad, Dios-infinitud, Dios-hombre, Dios-omnisciencia y omnipotencia) y a pesar

66. Id., 321.

67. Cfr. 65, 324.

68. “Dios y hombre”, *El otro lado del tiempo*, 306.

69. Giuseppe Ungaretti: “Felicitación por el propio cumpleaños”, en *Sentimiento del tiempo*, México, Ediciones de la Universidad autónoma de México, 1958, 116.

de las numerosas y complejas implicaciones en su esencia lo ha tratado como una unidad superior absoluta. No obstante, en uno de los poemas más importantes que ha escrito Fernando Paz Castillo —“El muro”— su concepción parece acercarse a la concepción hegeliana del Dios-idea, aunque —bueno es aclararlo— no se observa en “El muro” la clara identificación con el pensamiento de Hegel que le hemos observado en otros poemas. No obstante nos resulta evidente que Paz Castillo comparte el presupuesto hegeliano de que “allí donde no hay alma alguna, espíritu alguno, tampoco hay nada divino”⁷⁰. Porque indudablemente Don Fernando comparte la interpretación que Dilthey hace de la concepción del mundo de Hegel relacionándola con su actitud teológica.

Afirma Dilthey interpretando a Hegel que “lo divino es el espíritu, desasistido de lo limitado”. Y añade: “Así surge la concepción de Dios como espíritu. Cuando el individuo se siente siempre determinado, siempre como éste o aquél que siente o que padece, lo que permanece es tan sólo una unidad vacía de la totalidad de los objetos; es pensado entonces como dominando sobre los objetos. Sólo cuando se presenta el sentimiento puro de la vida, que posee en sí su justificación y su autoridad, puede ser concebido Dios como espíritu”⁷¹. En este caso la fuente filosófica del pensamiento de Paz Castillo nos parece indiscutible.

En “El muro” hay “un nuevo Dios que nos aguarda” y necesariamente este tiene que ser un Dios idealizado que no tiene nada que ver con la concepción religiosa o vulgar. Por cuanto este Dios que nos aguarda —“que nos aguarda siempre”— no es un Dios de castigo ni de perdón. Además no (lo) conoceremos, y a pesar de que nos aguarda “marcha en nuestras huellas”⁷².

Sin embargo Paz Castillo no evade la implicación religiosa. “Seña”, por ejemplo⁷³ es un modelo de poema despojado y simbólico. La tierra de Dios existe por contraposición a la presente, a la nuestra, a la que pisamos. El hombre posee lo que trajo, lo que Dios le dejó o le ordenó traer. El mundo nada ofrece.

Y en “Figuras en la sombra” el planteamiento todavía es más claro y enfático:

*Una cruz en un camino
entre encinares y olivos;
el encinar dio sus sombras,
el olivar sus olivas:
la cruz no produjo nada*⁷⁴.

70. Hegel citado por Wilhelm Dilthey: *Hegel y el Idealismo*, México, FCE, 1944, 113.

71. Id., Id.

72. “El muro”, *El otro lado del tiempo*, 311.

73. “Seña”, Id., 293.

74. “Figuras en la sombra”, *Entre sombras y luces*, 242.

Como claro y enfático es también en la serie "Secuencias" —en las que todavía trabaja— y que constituyen una especie de reflexiones dolorosas y definitivamente convencidas de lo inalcanzable. Ahora el poeta se plantea el tema filosófico eterno de la verdad para descubrir desconcertado que "no es la verdad lo que es" y que "¡Nunca lo ha sido!":

*El que dice: —Yo he visto;
dice mentira.*

*El que dice: —Esa flor es roja;
dice mentira.*

*El que dice: —Es blanca la blancura;
dice mentira.*

*Nadie sabe si el blanco es blanco,
ni si el rojo es rojo.
Nadie sabe en su íntima conciencia dolorosa
asustada de su propia inhumana transcendencia
qué es verdad, en lo que es, de la verdad*⁷⁵.

Porque para Paz Castillo la verdad escapa a la estrechez de lo verdadero contrapuesto a lo falso y en su caso —¿qué duda cabe!— el concepto de verdad está indisolublemente unido al concepto de realidad y mucho más, a la tesis de Ortega y Gasset que concibe "la verdad como coincidencia del hombre consigo mismo"⁷⁶. De manera que para Ortega como para Paz Castillo no existe una verdad *per se*.

Tal como lo explica el filósofo español las grandes filosofías partían del principio de que las cosas tienen un ser que el hombre acepta y se ocupa de descubrir. Pero el planteamiento de Ortega es lo contrario —y es lo que nos plantea Don Fernando en su poema—: "las cosas no tienen ellas por sí un ser, y precisamente porque no lo tienen el hombre se siente perdido en ellas, naufrago en ellas, y no tiene más remedio que hacerles él un ser, que inventárselo". De manera que el ser de las cosas —flor roja, blanca blancura— no lo tienen ellas por sí solas sino que surge cuando el hombre se encuentra ante ellas y para ello tiene que adoptar una conducta frente a cada cosa. Para decirlo con palabras textuales de Ortega: "El ser de las cosas consistiría (...) en la fórmula de mi atenuamiento con respecto a ellas"⁷⁸.

Pero Dios tanto para Ortega como para Paz Castillo por supuesto también está implicado en la verdad. Nuestro poeta quien en este

75. "Secuencia", *El otro lado del tiempo*, 326.

76. "La verdad como coincidencia del hombre consigo mismo", *En torno a Galileo*, Madrid, Ediciones Revista de Occidente, 1959, 111.

77. Id., 117.

78. Id., 117 y sig.

poema sigue también las huellas de Santo Tomás— lo sabe “eternamente en *noche oscura*”, / unido al hombre que le ama y que le teme”. Pero el binomio no se resuelve ahora por intermedio del enlace armónico del dolor, por cuanto Dios “también es noche oscura”⁷⁹.

Sin embargo el tema de la verdad tiene, en la poesía de Paz Castillo, otras connotaciones y reiteraciones. Así como le preocupa en “Secuencias”, poema que data de 1971, ahora en “Comentarios” incluido en *Pautas* (1973) vuelve sobre el tema; y el epígrafe de la segunda estancia nos aclara definitivamente la fuente filosófica nutricia: Nietzsche:

*Todos decimos
que el rojo es rojo,
que el blanco es blanco
y que el amarillo, y el azul,
y el violeta
siempre serán lo mismo;
porque así lo aprendimos;
mas, tal vez el verde,
para mí,
sea azul,
y el azul rojo...
¿Alguien podrá decirme
algún día?*

Volvemos a las viejas lecturas de Fernando Paz Castillo y volvemos a Nietzsche. En *El anticristo* encontramos claramente expresado el planteamiento. Dice el filósofo: “Miro en torno mío: no ha quedado una palabra de lo que en otro tiempo se llamaba «verdad»”⁸⁰; y páginas adelante la justificación filosófica de la verdad poética: “La verdad no es una cosa que unos posean y que los otros no posean”⁸¹ por cuanto “hay cuestiones en las que el hombre no puede decidir de lo verdadero ni de lo falso: todas las cuestiones superiores, todos los problemas de valor superior, se hallan por encima de la razón humana”⁸².

Como se ve, la poesía de Fernando Paz Castillo entraña una clara especulación de orden metafísico pero al mismo tiempo constituye también una cosmogonía. Si como lo expresa con elegante sapiencia el maestro Juan David García Bacca cuando traduce el estudio de Heidegger sobre el hombre es “un ser que ha de dar testimonio de lo

79. “Secuencias”, *El otro lado del tiempo*, 326.

80. Federico Nietzsche: *El anticristo*, Buenos Aires, Ed. Tor, s/f, 63.

81. Id., 96.

82. Id., 102. v. t. OC., X, Bs. As., M. Aguilar Editor, 1949, pp. 334, 356 y 360.

que es"⁸³, el poeta no cuenta para ello sino para la palabra, como él mismo lo afirma, fundamento del ser.

Y es que ya es tiempo que se reconozca —también en nuestros países— el nexo inevitable entre poesía y realidad, entre palabra y mundo. Como lo sostiene Max Wundt con argumento indiscutible, "todo género literario entraña ya de por sí una determinada actitud ante la realidad, que a su vez presupone una determinada concepción del mundo"⁸⁴.

Ello es, precisamente, lo que le otorga especial trascendencia a la poesía de Fernando Paz Castillo.

4. El tema de la muerte

La preocupación de Fernando Paz Castillo por el tema de la muerte, es también muy antigua. A pesar de que es en los últimos años cuando el tema directa o indirectamente subyace en sus melancólicas aunque serenas creaciones.

Otra vez volvemos a 1932 y al diario *El Universal* de Caracas. Fernando Paz Castillo escribe desde España:

"Tantos años, de superstición y misticismo, no han podido habituar al hombre a comprender la muerte". Líneas más adelante: "Sin duda en la muerte no vemos nada concreto, nada que responda a un verdadero sentimiento. La muerte para nosotros no es más que una negación. La negación de la vida que tanto nos atrae y domina". Y una cita del mismo ensayo, de singular importancia ya que le concede a su preocupación metafísica una antigüedad de más de cuarenta años. Dice Paz Castillo: "... lo fugaz y lo pasajero (...) es lo que siente el hombre, incapaz de concebir la eternidad"⁸⁵.

En poesía, la primera preocupación de Don Fernando por el sugestivo tema eterno data de *Signo* (1937). En este libro —sin duda alguna casualmente— coincide con el Vallejo de *Poema humano* escritos por la misma fecha. El poema "Noche de soledad" lo finaliza Paz Castillo con un verso memorable: "Hay que morir un poco diariamente". Y más allá, el tema se hace constante y se acentúa. Se muere diariamente aunque "crecemos con la muerte en nuestra carne"⁸⁶. Es un crecer con muerte inevitable. Pero la muerte es una "hiedra flexible" creada por Dios, en un "olor de tierra que nos atrae fatalmente" pero al mismo tiempo —he allí la reafirmación metafísica optimista— constituye la "esperanza de sorprender el nacimiento de una estrella" que no otra cosa simboliza en este caso

83. Martin Heidegger: *Hölderlin y la esencia de la poesía* (Traducción de Juan David García Bacca), Mérida, Talleres gráficos universitarios, 1969, 21.

84. Max Wundt, en *Filosofía de la ciencia literaria*, México, FCE, 1946, 445.

85. "Reflexiones en un cementerio español", en *El Universal*, Caracas, 28 de febrero de 1932.

86. "Presencia de la muerte", *Signo, Poesía*, 236.

la inmortalidad. Y ya colocado en el plano simbólico característico de su poesía, Paz Castillo incorpora un nuevo elemento, un nuevo enfoque del tema por cuanto ahora "la muerte anda entre nubes acechando luceros"⁸⁷, es decir, también entre luceros.

En otra instancia del mismo poema Paz Castillo parece tratarla con sentido de conciencia victoriosa. Entonces establece una diferencia entre la muerte que espera el hombre que se hace superior por su sabiduría y su lucidez y la muerte sin nada del hombre común. Por eso advierte:

*No es la muerte apacible la que esperan los hombres,
no es la cándida hermana
que pisando entre flores,
coronada de mirtos y de lívidas rosas,
guía un rebaño de nubes,
y que tiene en las manos
la naciente frescura de tratar con espigas...*

Ahora la misma muerte teme porque ella también espera el alba. Y en uno de sus últimos poemarios —*El otro lado del tiempo* (1971)— de nuevo vuelve sobre el tema de la muerte cotidiana que ya había esbozado en *Signo* (1937):

*Vivir es también morir,
morir de lo vivido diariamente
y entrever el futuro en lo ya muerto...*

.....

*Sólo teme el morir
el que no está muriendo
y lo contemple ensimismado
desde el lindar, de afuera del misterio,
viviendo, con su vida, muerte triste*⁸⁸.

Y todavía insiste en el mismo planteamiento en *El muro* (1964):

*El muro en la tarde,
entre la hierba, el canto y el fúnebre vuelo:
presencia del dolor de vivir
y no morir...*⁸⁹.

En el mismo poema —estancia VIII— Paz Castillo con extraordinario poder de síntesis inicia con un verso interrogante —"¿Morir?"— que de hecho es la resultante de una prolongada cavilación al mismo tiempo que una actitud frente al problema vida-muerte. Afirma

87. "Hacia el alba", *Entre sombras y luces*, *Poesía*, 253.

88. "Misterio", *El otro lado del tiempo*, *Poesía*, 329.

89. "El muro", *El otro lado del tiempo*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1971, 58.

que nada hay más bello que la muerte frente al *muro* simbólico —el muro límite— que separa el vivir del ya no ser. La meditación emerge por los ojos de los moribundos y el momento es feliz al ser bello por cuanto ya entre “frescas espigas” simbólicas que han sido “encontradas”, se han superado dos temores: “el temor de morir, / y de haber vivido” con singularidad individual, con nombre propio, con discernimiento, como un desalienado entre hombres oscuros que apenas si comprendieron la complejidad de ser hombre y de vivir.

En el estudio del tema de la muerte este poema “El muro” es de obligada escala. En la estancia XII se establece la diferencia entre la muerte, imagen del hombre “y criatura nuestra” por oposición “a la no vida / que jamás ha existido”. En la expresión metafísica de Fernando Paz Castillo “el verbo de Dios” “no pudo crear la muerte / sin morir El mismo” con su nostalgia, la nostalgia “de pensar y sufrir humanas formas” precisamente las más altas manifestaciones de su don supremo.

Pero el poeta insiste en su esperanza esplendorosa, enigmática y ardua. Porque en verdad “no hay muerte sino vida / del lado allá del canto, del lado allá del vuelo, / del lado allá del tiempo”⁹⁰.

Consideraciones finales

Fernando Paz Castillo siempre ha sido un poeta de atardecer. En su primera poesía —“La voz de los cuatro vientos”— muestra evidente inclinación por describir las otrora diáfanas tardes caraqueñas que no eran sino recreación de las antiguas tardes de Los Teques, la mirada yéndose por sobre el verde ulular de los pinos.

En ese primer libro la tarde se pone, lenta, suave, como tiene que ser, en varios poemas y en algunos lo es todo: “Sendas de la tarde”, “Una tarde”. En otros, de los más celebrados (“La mujer que no vimos”), la tarde crea el ambiente esencial: “Se alejó lentamente / por entre los taciturnos pinos, / de frente hacia el ocaso, como las hojas y como la brisa / la mujer que no vimos”. Más adelante hay “esplendor de atardecer” y la tarde, silenciosa, cae.

La importancia de la tarde en la poesía de Paz Castillo cuenta con un valioso testimonio que al mismo tiempo es un señalamiento: Luis Castro y su poema “Aguas Verdes”: “Si vives una tarde inefable, quieta / como esas que dice Fernando Paz Castillo”...

El poeta parte de la tarde elemental que es la que se mira y se describe; pero después el elemento toma diversos significantes. Ya la tarde no es sólo lo que se ve sino lo que se es y lo que se padece y lo que se ha vivido. Es con esta acepción con la que extiende el simbolismo del título —*Refleixones de atardecer*— en el cual el

90. Id., 59.

poeta se nos muestra crítico y poeta. No se ha atemorizado Paz Castillo con los fáciles esquemas rígidos que en nuestro mundo intelectual condenan de por vida a un ensayista a ser sólo ensayista, o a un poeta a ser sólo poeta. Y ha sido lo entrañable sin nombre que lo une a la literatura lo que lo ha hecho acercar con complacencia a nombres y a épocas despreocupadamente olvidados o preteridos. Y lo consigue utilizando, dos instrumentos difíciles de aceptar en la particularísima vida literaria venezolana: la colaboración periodística y la generosidad.

Pero bueno es decirlo: la crítica que ha hecho Paz Castillo no es de ningún modo circunstancial. Los nombres y los tomos que comenta los elige a conciencia. De manera que si en los 68 autores estudiados en *Reflexiones de atardecer* hay evidentes medianías, su inclusión está más que justificada porque el proceso literario de un país, más que por individualidades, se forma por el aporte colectivo.

Tampoco interesa a Paz Castillo caer en los extremos del elogio o la diatriba. Su crítica interpreta y señala. Como lo quería Ortega, orienta al lector sin regodearse pedantescamente en corregir a nadie. Así que la generosidad no es sólo eso, sino consciente actitud crítica. Y este modo de hacer la complementa, a la manera de Unamuno, con sus propias reflexiones que en numerosas oportunidades dan como resultado deslumbrantes escauceos poéticos.

Por otra parte conviene neutralizar la fácil apariencia de trabajos dispersos. Estas páginas están regidas por ideas centrales que constituyen toda una interpretación del proceso de la literatura venezolana. Paz Castillo sostiene —y lo argumenta a través de todo el libro— que “la raíz de nuestra literatura es romántica por naturaleza, y luego, a su hora, por escuela. A más de esto hemos tenido neoclásicos, parnasianos, modernistas, etc. Varía la forma, pero la raíz, no. Tampoco varía el alma nacional”. Y en alguna otra parte centra en la “dualidad neoclásica-romántica” (...), “los orígenes de nuestra peculiar cultura”.

En cuanto a la estructura orgánica, estos trabajos han sido agrupados por períodos, hasta donde es posible, claramente definidos: “Del pasado lejano”: Bello hasta Eloy Escobar; “Del pasado cercano”: Pérez Bonalde hasta Jesús Semprún; “Contemporáneos”: Gallegos hasta Pedro Rivero; y “Del mismo cercado” que se integra con cuatro temas específicos.

Paz Castillo confiesa que sus *Reflexiones* fueron el resultado de un largo recorrido por entre libros y autores: “ideas pensadas, vividas y sufridas” que tuvieron un objetivo cumplido airoosamente, “crear ambiente. El de una época en particular, y el de nuestra literatura en general, desde su alba, clara, con Bello, hasta aquellos años caracterizados por las ideas de comienzos de siglo, también un poco vividos por mí, y que califico, con cierto acento de nostalgia, como perteneciendo a un pasado inmediato”.

Y aquí encontramos otras dos peculiaridades de este escritor magnífico: las ideas, finamente expresadas, sutilmente expresadas, y la vividura personal —ahora nostalgia, antes conocimiento y disfrute— que le da un importantísimo valor testimonial a lo que dice. Obsérvese cómo Paz Castillo, con una sola frase de poética síntesis expresa todo lo expresable sobre nuestra literatura inicial: “alba, clara”, imprescindiblemente ha tenido que ser antecedida por esa penumbra todavía apenas explorada del primer comienzo.

Aún hay otro aspecto no menos ejemplar, en sus páginas: la honestidad, la abnegada angustia creadora del autor. Nosotros que tuvimos la excepcional oportunidad de asistir a la lenta gestación de algunos de sus libros, sabemos de los desvelos del autor que anegaba de letras e impaciencia la hoja del periódico que tenía la primera versión de su trabajo. No fueron nunca, no, colección de recortes enviados a la imprenta. Todo fue cuidadosamente revisado. Estructura, expresión, citas, conceptos. Cuando algún nombre se iba por el tenue resbalar de las canas, volvía —a veces imprevistamente, a media noche— por el camino abrupto del ceño fruncido en ardua labor intelectual.

Fernando Paz Castillo, que a través de su vida ha escrito una lección de dignidad y de belleza, la complementa ahora con una ejemplar perseverancia que le premia la poesía, obedeciendo, dócil, a la sagrada desazón del verso.

No teme Paz Castillo a la intimidante cercanía de su gloria y persiste en el verso como en una peripecia de confrontaciones y de hallazgos. No le basta la crítica. No le basta la obra estructurada con la lenta sabiduría permanente del esfuerzo constante y lo congénito, que se da y no se pierde. Empeñoso con la vida vespéral de estos días, acerca a Dios a su coloquio íntimo y su palabra se desnuda. Poco hay, en estos versos, del lirismo que se deshoja. Porque el Fernando Paz Castillo de estos días permanentes es esencialidad, palabra pura, acaso con aristas conceptuales que prolongan el área semántica del verso. Poesía de vacilaciones y de afirmaciones en donde el mundo se reduce al símbolo armonioso del verbo. Ya a Paz Castillo no le interesa lo exterior. Le preocupa la síntesis con música y decir profundos. Le interesa la poesía sin más nada, la poesía.